



LA RESISTENCIA DE LOS INTERNADOS

Los dos primeros internados fiscales fundados en Chile, el Barros Arana y el Nacional Femenino, son los últimos bastiones de un sistema implementado a principios del siglo XX, como la solución para que la juventud de sectores alejados pudiera recibir una buena educación totalmente financiada por el Estado. Concebidos en una época en la que la tasa de población rural en Chile era superior a la de las ciudades, hoy las cosas han cambiado: un 90% de las personas vive en zonas urbanas, y en todas las comunas hay escuelas y liceos gratuitos. Aun así, hay familias que apuestan por mandar a sus hijos internos, seducidos por la promesa de la tradición y la calidad. Esta semana, 120 jóvenes y 83 niñas volvieron al que es su hogar de marzo a diciembre.

Por: Juan Cruz Giraldo
Fotos: Pablo Izquierdo
Ilustración de portada: Edith Isabel

Cuando a las cuatro de la tarde suena el timbre en el Internado Nacional Barros Arana, los casi 1.500 estudiantes externos dejan el edificio corriendo y otro grupo de 120 se queda. Se sacan el uniforme y se dispersan en las seis hectáreas que componen el complejo educacional ubicado en Quinta Normal, pero que depende de la Municipalidad de Santiago. Es el segundo día de clases de 2018 y tras un verano sin ocupantes, en los anchos y fríos pasillos construidos en 1902, se escucha el eco de la pichanga desde la cancha que colinda con la Iglesia de Lourdes, el guitarreo de los músicos del patio amarillo y el sonido de los cuerpos cuando chocan contra el agua en la piscina olímpica. En la sala de cine transcurre la bienvenida anual y uno de los más chicos, un niño de Vallenar de doce años, cuenta que en la noche escuchó ruidos que lo penaban y una voz de ultratumba le decía “ven”. Su compañero, proveniente de Arica, lo calma, “fueron los de cuarto, oh!, es una tradición”, le dice.

“Este colegio sigue encarnando el sueño del presidente Balmaceda: fortalecer la educación y que los que no tenían ninguna posibilidad accedan a ella de manera gratuita”, reflexiona Luis Moya (65), encargado del internado, que llegó en el año 81 como profesor de artes visuales al liceo. “El régimen de internado se justifica en el marco del aislamiento geográfico que presentan algunas zonas de Chile, y aunque es verdad que hoy existen escuelas hasta en los rincones más apartados, lo que aquí pasa es un fenómeno más profundo desde el punto de vista social: en el colegio se interrelacionan alumnos de todo el país, de diferentes culturas, etnias e idiosincrasias”.

Jorge Rojas (63), director del emblemático recinto, agrega: “Cuando yo llegué como profesor de Educación Física en el año 79, había unos 1.200 estudiantes y todos eran internos. Se hacían los grandes campeonatos en la cancha y la piscina. Había un gimnasio, una lavandería, una enfermería con una sala para pequeñas intervenciones y en el cine se proyectaban

películas los miércoles por la tarde”, recuerda. “Es una pena ver cómo han cambiado las cosas”, comenta Rojas, en relación a la realidad actual: una matrícula de sólo 120 internos. Y eso que 2018 no es su peor año y han recibido ayuda extra del municipio. “Nosotros, en conjunto con los ex alumnos del INBA, mantenemos la Beca Centenario, para recuperar el carácter de internado del liceo, con muy buenos resultados. Creemos que es un tremendo aporte, porque les da la oportunidad a quienes viven fuera de Santiago de estudiar en uno de los mejores liceos de Chile y especialmente a quienes vienen de comunas rurales, que son la mayoría. Los internos venían a la baja desde 2004, pasando de 435 a 75 en 2017, pero este año la cifra aumentó considerablemente”, comenta el alcalde de Santiago, Felipe Alessandri.

Las habitaciones de los internos, que no deben pagar ningún tipo de arancel ni matrícula, están divididas por cursos. Alrededor de 10 personas comparten cada habitación, al cuidado de un inspector universitario, el nombre que se le da a un ex interno que se encuentra cursando una carrera profesional. En las piezas, además de la cama, cuentan con una mesa de noche y calefacción para el invierno, y para pasar los ratos de esparcimiento hay salas comunes con sillones y televisor, mesa de pool y de ping pong.

Además los jóvenes pueden pedir hora con una asistente social, un psicólogo y una nutricionista de planta en caso de necesitarlo.

La realidad de la baja en las matrículas no es diferente en Ñuñoa, en las instalaciones del Internado Nacional Femenino Carmela Silva Donoso (INF). “Este semestre las internas son 83 y las externas son 1.023. Tenemos capacidad para 400 niñas, pero no llegan”, dice Verónica Cisternas, directora del establecimiento, que al igual que el INBA es gratuito. “En 2006 teníamos 480, en 2011 bajamos a 285 y después ya fueron menos de 100. Esto pasa porque las provincias ya tienen colegios de excelencia y las escolares priorizan estar cerca de la casa”, agrega.

Por los pasillos amarillos del colegio no se escucha “señorita” o “profesora”, las estudiantes dicen “mami”. “Estas niñas vienen por proyecto de vida y saben que aquí hay buenas condiciones para lograr sus sueños y que acceden a cosas que algunas no encuentran en sus hogares: tranquilidad, computadores, alimentación, agua caliente y estufas en el invierno. Cuando las internas viajan a regiones, llevan afiches para traer más compañeras y yo defendiendo la existencia del internado: es una oportunidad que tiene que estar disponible”, dice la docente.

En el primer piso, un grupo de quince niñas se reúnen expectantes frente a un plasma: este año, por primera vez, podrán disfrutar de Netflix.



Jorge Rojas (63), director del INBA y Luis Moya (65), encargado del internado, trabajan en el colegio hace casi 40 años.

GUILLERMINA RAMÍREZ (12) es de Llay Lay y acaba de pasar a octavo. Quiere ir a la universidad al igual que sus tres hermanas, todas ex alumnas del Internado Nacional Femenino Carmela Silva Donoso. “Llay llay es un lugar dormitivo y uno en la casa se distrae viendo tele. Aquí puedo estudiar más, prepararme para entrar a la universidad y conseguir un trabajo estable”. Su hermana mayor fue la primera profesional de la casa. Tiene 25 y estudió kinesiólogía, la siguiente tiene 23 y estudia ingeniería civil mecánica, y la otra 20 y entró a psicología. Todas en la Universidad de Chile. En su segundo año interna, Guillermina pasó de tener Ciencias Naturales a ver Biología y Química. “Esos son los ramos que más me gustan, tengo promedio 6,2”, cuenta.



ANÍBAL VILLASECA (15) lleva dos años viviendo al interior del liceo. Se levanta a las 7 de la mañana con el primer timbre. Hace su cama, se ducha y se viste. Toma desayuno en el casino y cruza el patio que divide el internado del externado para comenzar sus clases. Él es de Curacaví, y aunque es una comuna cercana, que cuenta con liceos y colegios locales, decidió internarse en Santiago. “Tengo a un primo que estudió aquí y lo admiro porque es inteligente y correcto. Siempre hablaba de este lugar como algo increíble, así que les dije a mis padres: yo quiero ser inbano”, recuerda. Su mamá, dueña de casa, y su papá, conductor de un camión, lo llaman una vez al día para saber cómo está, además le mandan mensajes por WhatsApp. Anibal es el menor de tres hermanos, y sueña con convertirse en psicólogo de la Universidad de Chile y ser el primer profesional de su casa. “Si me hubiera quedado en Curacaví, sería más difícil”, reflexiona.



“No hay mucho tiempo para echar de menos. Aunque suene raro, mis compañeras son como hermanas, una nueva familia, y siempre están conmigo. Además, yo me siento una mujer fuerte y grande, porque no cualquier niña de mi edad haría lo que hago yo”.

“Hay que ayudar al internado, porque como todos los lugares tiene sus cosas malas: hay problemas de infraestructura y no se está usando toda la capacidad del colegio. Por eso soy del Centro de Alumnos, para poner mi grano de arena”.



Sus amigas del externado le cuentan a Guillermina que les daría miedo dormir solas en el colegio, que extrañarían a sus familias, pero ella se sobrepone. “Los primeros días despertaba y me imaginaba que estaba en mi cama. Era raro estar rodeada de tanta gente y echaba de menos mi casa, un lugar conocido, pero acá es igual de cómodo”, dice. Todos los viernes Guillermina toma un bus en Estación Central y los domingos por la tarde se devuelve en un furgón que facilita la Municipalidad de Catemu para llevar a niñas de zonas cercanas hasta el liceo.

EL INTERNADO NACIONAL FEMENINO CARMELA SILVA DONOSO (INF) fue fundado en 1898 bajo el nombre de Liceo Fiscal Femenino N°3, y dirigido por la matemática Carmela Silva. Empezó a funcionar como internado en 1913. El sueño de Silva era que las mujeres pudieran acceder a un internado con las mismas características que el INBA. Hoy alberga a 83 niñas y otras 1.023 son externos, incluyendo a los niños, que se incorporaron hace pocos años y hoy llegan hasta cuarto básico. Su puntaje promedio en la última PSU fue de 577,1 puntos.

“Este es un lugar distinto a lo que el resto imagina. No existe el bullying. Los lazos entre los internos son tan fuertes, que somos un grupo de hermanos que se respeta mucho. Hoy soy secretario de internado y es algo que llevo con orgullo, hace un par de semanas fuimos guardias de honor en el funeral de Nicanor Parra, un ex inbano también. Esto es algo que trasciende”, dice.

EL INTERNADO NACIONAL BARROS ARANA (INBA) forma parte del grupo de liceos emblemáticos de la capital. Iniciativa del Presidente José Manuel Balmaceda, abrió sus puertas en 1902 con la intención de congregiar una masa de jóvenes de todo el país y entregarles una educación estatal de calidad. Hasta 1985 toda su población era interna. Su resultado promedio en la PSU 2017 alcanzó los 569,4 puntos. Entre los ex alumnos destacados figuran el poeta Nicanor Parra, el ex Presidente Patricio Aylwin, el ex presidente del Banco Central Carlos Massad y el empresario Reinaldo Solari.



Verónica Cisternas llegó al Internado Nacional Femenino como profesora de Historia en 1997 y desde 2011 se desempeña como directora.



María Ximena Aspe (48) es profesora de Inglés y actual jefa de la unidad técnico pedagógica. Cursó su educación media en el liceo.



Michel Pérez llegó al Internado Nacional Barros Arana cuando tenía 14 años desde Saxamar, una localidad de la comuna de Putre. Acaba de entrar a ingeniería en la Universidad de Chile. Tras él, la histórica piscina del internado donde aprendió a nadar.

“Muchas hablan de machismo y de sociedad patriarcal, como un obstáculo para salir adelante. Pero no porque sean mujeres van a ser menos, eso lo enseñó Carmela Silva cuando creó el internado, y eso es lo que intentamos transmitir nosotras también hasta el día de hoy”, dice la directora del INF, Verónica Cisternas.

LOS EGRESADOS

María Ximena Aspe (48) es profesora de inglés hace seis años en el internado femenino, y vivió su juventud dentro del liceo. “Yo soy de La Ligua y me acuerdo que partíamos los lunes a las 5:30 de la mañana en buses llenos de niñas de Cabildo, Papudo y los alrededores”.

El internado ocupa tres hectáreas y media en un terreno al frente del Estadio Nacional. En medio de uno de los patios hay una gruta con una virgen. Desde su fundación, las niñas le ponen velas y flores cuando tienen un problema o necesitan pasar una prueba. Ximena recuerda la imagen como “la virgen de humo”. Detrás de la gruta, ella y cinco compañeras se juntaban a fumar a escondidas. Dice que tras la figura de yeso se podía ver una nube de humo que salía de los cigarrillos de las niñas, pero nunca las pillaron.

“Con mis amigas del internado tenemos un grupo en WhatsApp y nos juntamos dos veces al año como mínimo. Cuando yo estaba acá, me imaginaba siendo profesora, enseñándoles a otras niñas, y aquí estoy transformando la vida de otras mujeres. Tú las ves llegar, pequeñas, a veces con miedo, y después las ves salir independientes, empoderadas y listas para enfrentar la vida”, agrega.

Saxamar es un caserío a 162 kilómetros al interior de Arica. En una de sus largas y solitarias calles vive la familia Pérez, conformada por la mamá, una profesora de aimará de una escuela local, y sus cuatro hijos. Cuando se acerca marzo, los tres mayores empacan sus cosas en una maleta y se embarcan en un viaje de 29 horas por tierra hasta llegar a Santiago. Yamil (16) y Williams (14) cruzan la puerta del Internado Nacional Barros Arana y se instalan en uno de los dormitorios. Michel (18), por primera vez en cuatro años, no hace el mismo ritual, sino que se dirige a su nueva vivienda, una habitación que arrienda en la comuna de El Bosque. Esta semana comenzó su primer año de Ingeniería en la Universidad de Chile y se convirtió en el primer miembro en la historia de su familia en ingresar a la educación superior.

“El colegio me preparó para llegar hasta donde estoy. Salí con promedio seis tres y me fue bien en la PSU. A veces extrañaba a mi mamá con sus consejos y sus retos. Pero sabía que el sacrificio valía la pena. Estar aquí cambió mi vida, y yo voy a poder cambiar la de

otros. Por lo mismo, me gusta que mis hermanos puedan vivir esta experiencia”, dice el estudiante.

Bernardo Barrientos (75), ingeniero eléctrico nacido en Osorno, es el presidente del Centro de ex Alumnos del Barros Arana. Se mantiene en contacto con cerca de 500 otros ex alumnos a través de emails y se pasea por el liceo frecuentemente, preocupado por los estudiantes antiguos, los nuevos y los que están por llegar. “Hacemos una campaña de captación a nivel nacional. Buscamos niños que vivan en un ambiente vulnerable y que tengan ganas de salir adelante. Este año logramos captar 52 de todo el país. El espíritu inbano no se puede morir”, afirma.

Óscar Piergentili (72), es administrador público, licenciado en ciencia política, hizo un diplomado de administración de empresas y otro MBA en la misma área. Pero su realidad académica no era así. A diferencia de muchos otros compañeros internos, él es de Santiago, y después de ser expulsado de dos colegios, su familia lo internó en el liceo como última chance. Hoy es el tesorero del Centro de Ex Alumnos y siente que tiene un compromiso moral con su primera casa de estudios. “Los chilenos dan por hecho que hay escuelas en todo el país y que por eso no se justifica la existencia del internado, pero no se han tomado la molestia de escuchar a los internos. Ellos vienen de lugares muy apartados, donde la única posibilidad que tienen de cambiar sus destinos es esta. Venir al INBA tiene un efecto multiplicador en sus lugares de origen”, reflexiona, “en Estados Unidos o Inglaterra es un sistema que sigue vigente y son los colegios de mayor prestigio. Chile tiene unas características geográficas especiales y no es lo mismo ir a un internado regional que estudiar aquí. Además, pueden acceder al Teatro Municipal, visitar museos históricos, conocer medios de comunicación grandes”, agrega.

Los ex internos se juntan en una cena de celebración anual al interior del liceo. El menú es el mismo que comían en la institución: porotos con rienda, una torreja de lomo de cerdo, ciruelas al jugo o mote con huesillos. Entre 600 hombres y profesores invitados se tiran migas de pan. “Volvemos a ser como niños y hacemos diabluras: Les ponemos palos de fósforos a los candados y hacemos sábanas cortas o catre caído en los dormitorios. Todo eso que hacíamos cuando estábamos internos, lo hacemos de nuevo”, dice el presidente con nostalgia. 🍷



Óscar Piergentili (72) y Bernardo Barrientos (75) son el tesorero y presidente del Centro de ex alumnos del Barros Arana.